



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baibars”



VI – Muerte en el hamam

22 – Aibak consigue que le asesinen

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 8

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org

info@cedcs.eu

22 – Aïbak consigue que le asesinen

De cómo un intercambio de misivas, escritas por los capitanes fidauis y dirigidas a Aïbak, deriva en un duelo entre El-‘Adel Baïbars y El-Mu’izz Aïbak...



A la mañana siguiente, Aïbak se presentó en el Consejo, tomó asiento en el trono real, y ordenó a su gran visir, el Hâch Shâhîn El-Afram, que abriera el tesoro real.

- ¡Que los visires y los emires se vayan preparando para entrar en campaña! –ordenó– ¡Vamos a marchar sobre Damasco y a liquidar a ese mariconcete que se ha atrevido a rebelarse contra mí!

Luego, volviéndose hacia el muftí, le preguntó:

- ¿Cuál es tu opinión sobre la siguiente situación?: un hombre se ha rebelado contra su legítimo soberano, le ha atacado, le ha arrebatado una de sus provincias, de las que ha percibido ilegalmente todos sus impuestos, y se ha erigido como soberano, usurpando las prerrogativas reales, acuñando su propia moneda y haciendo que los predicadores de todas las mezquitas proclamen su nombre. ¿Qué castigo conviene infligirle?.

- Quien actúe así, sin tener la legítima autoridad debe ser condenado a muerte¹.

- Muy bien, dame entonces una fetua en ese sentido.

El muftí redactó inmediatamente el documento, al que el cadí añadió el certificado legal, que garantizaba su autenticidad; luego, Aïbak dictó un *jatt sharîf*, un firman del sultanato, decretando el reclutamiento en masa contra Baïbars y los cómplices de su rebelión.

Una vez hubo hecho esto, montó a caballo y salió de la ciudad, llegándose hasta la Jâniqah, en donde el ejército estaba reuniéndose ya. Ahora bien, la noticia de que el rey había proclamado una movilización general contra Siria, se había propagado tanto, que una inmensa multitud, cuyo número exacto solo habría podido contar Dios, salió de la ciudad para seguir al ejército, atraída por el atractivo del pillaje y del botín fácil.

¹ Un muftí solo debe responder a la cuestión que se le plantee; esta pregunta ha de ser formulada de forma impersonal e hipotética. Una formulación tendenciosa de los hechos no la anula (vale para la situación que ha sido descrita), pero la convierte en inoperante (pues no se ajusta a la situación real).

Inquieto por el giro que habían dado los acontecimientos, el visir Shâhîn fue a reunirse con El-Mu'izz Aïbak.

- ¿Esta leva, la has proclamado contra Baïbars o contra todos los sirios, oh poderoso rey? –le preguntó el visir.

- No, por mi cabeza –exclamó Aïbak–, la orden es solo contra Baïbars, pues solo él se ha rebelado contra mi autoridad; los sirios nata tienen que ver en todo esto.

- En ese caso, debes enviar ahora mismo a un heraldo para que avise que todos los que no formen parte del ejército oficial regresen inmediatamente a sus casas.

Aïbak estuvo de acuerdo con el consejo de su visir y envió en el acto a un pregonero para que fuera anunciando lo siguiente:

- ¡Por orden de Comendador de los creyentes, el rey El-Mu'izz Aïbak -ojalá que salga siempre vencedor y glorioso-, se hace saber que, todos los que no pertenezcan al ejército oficial se vuelvan de inmediato a sus hogares! ¡Todo el que no obedezca estas órdenes será ahorcado en el acto! ¡Que se corra la voz!

De pronto, y como por encantamiento, la muchedumbre de salteadores en potencia, se esfumó y no quedó ni uno solo. Entonces, Aïbak dio la señal de partir, a la cabeza de sus tropas, que se agitaban y movían como una mar embravecida, atravesando estepas, llanuras y desfiladeros, se dirigieron hacia Damasco.

Al tener conocimiento de su llegada, gracias a un espía, el emir El-'Adel Baïbars reunió a sus *fidais* y a sus lugartenientes, con objeto de estudiar una estrategia para la defensa.

- ¡Puis bueno, solo tenemos que ir dilante d'ellos, para detenerlos en el camino y que vean cómo nos las gastamos! –dijeron los valientes ismailíes–. En cualquier caso, no podemos dejarles intrar en nuestro país, pues no hay mayor virgüenza para un hombre que dejar al enemigo poner el pie en su casa!

- Es cierto, tenéis razón, así es como debemos actuar –aprobó El-'Adel Baïbars.

En el acto hizo venir a su hermano el *shah* Taqtemûr y, tras investirle con un espléndido caftán, le nombró lugarteniente general de reino, no sin antes recomendarle que practicara la justicia y la equidad, que se mostrara piadoso con sus ciudadanos, y que defendiera su territorio. Hecho esto, aceleró los preparativos para la campaña y se puso en marcha, seguido de sus tropas que desfilaban sacando pecho con aire marcial, entre los brillos del acero y los resplandores de sus cotas de malla: eran ciento cuarenta mil jinetes, armados de pies a cabeza, equipados con largas lanzas y sólidos escudos, probados en combate y despreciando a la muerte.

Avanzando a marchas forzadas, llegaron a los Murûch Bani Amer, en donde montaron su campamento y plantaron sus estandartes. Hacia el final del mediodía, vieron una inmensa nube de polvo elevarse por el horizonte; pasado un tiempo, la nube se disipó, dejando percibir al ejército de Egipto, a cuya cabeza cabalgaba El-Mu'izz Aïbak. Los recién llegados levantaron su campamento en frente del de los sirios; en

cuanto a los ismailíes, estos se instalaron un poco aparte, según su costumbre, pues no les gustaba relacionarse con el ejército regular.

A la mañana siguiente, cuando Dios hizo que el día se elevara desde los confines del mundo, Baïbars se instaló en su pabellón, lejos de las miradas indiscretas, redactó una carta de su puño y letra, la selló, y se la entregó a Fâres Qatâya, diciéndole:

- Ve a entregar este mensaje a El-Mu'izz Aïbak y tráeme la respuesta. Pero, sobre todo, arréglatelas para que los fidauis no se enteren.

Después de haberle asegurado su obediencia, Fâres Qatâya cogió su montura y, rodeando el campamento por la parte de atrás, se dirigió hacia las tiendas de Aïbak.

Pero he aquí que, en ese momento, todos los jefes ismailíes se hallaban reunidos en el pabellón del capitán Sulaymân el Búfalo, evocando viejos tiempos y recuerdos de batallas. De pronto, el capitán Fajr El-Dîn, al echar por casualidad una ojeada hacia la llanura, divisó a un jinete que iba a galope tendido hacia el campamento de Aïbak. Desconfiado, interpelló al capitán Sulaymân:

- ¡Eh, primo, vien a ver a ese caballero de ahí abajo! ¿quién podrá ser? ¡No mi suena de nada!

- ¡Traedli un poco por aquí, que vamos a priguntarle que adónde va y qué quiere, no vaya a ser un espía de la banda de Aïbak!

Rápidamente, los dos hijos del capitán Sulaymân, Saqr y Fahd, se levantaron y saltando en sus monturas, dieron alcance a Fâres Qatâya, al que atraparon sin dificultad.

- ¡Alto ahí, rayos y cintellas, cornudo don nadie! –le espetaron– ¿Quién eres y adónde vas? ¿Y qué tienes que contarnos?

Y sin esperar a más explicaciones, le condujeron a la fuerza hasta el campamento, llevándole ante la asamblea. El capitán Sulaymân, después de examinarle largo y tendido con semblante sospechoso, acabó por reconocerle:

- ¡Eh, Fâres, saludos! Muchacho, ¿adónde vas a estas horas y de dónde vienes?

Al ver que no saldría de esta encerrona, Fâres decidió no ocultar la verdad.

- Iba adonde El-Mu'izz Aïbak, para llevarle un mensaje de mi señor Baïbars – respondió; y, sacando la carta de su bolsillo, se la entregó al capitán Sulaymân.

Éste, sin cortarse un pelo, rompió el sello y leyó, tras los saludos de rigor, lo siguiente:

“De El- ‘Adel Baïbars.

Poderoso rey, tu ejército está compuesto de musulmanes, al igual que el mío; ahora bien, de sobra sabes que un musulmán no debería alzar su espada contra otro musulmán, pues esto va, tanto contra la Ley revelada, como contra el sentido común. En fin, que es bien sabido que el espíritu de conciliación es la llave de todo buen gobierno.

En cuanto a mí, si he asumido el reinado de Damasco, contra mi voluntad, y forzado por los fidauis, que son unos guerreros tan valientes como indisciplinados, y además muy numerosos: son ellos los que me obligaron a seguir esta política. Pero estoy dispuesto a renunciar a todo ello y a dejar de acuñar moneda; me contentaré con gobernar Siria en tu nombre, y te enviaré el tributo habitual, tal y como lo hacía Sharaf El-Dîn.

Si aceptas esta propuesta, me alegraré sinceramente. Si no es así, ahorrémonos la sangre de nuestras tropas y afrontemos los dos solos, un cuerpo a cuerpo en el campo del honor: Dios señalará al vencedor. Saludos.”

El narrador continuó así su historia...

Cuando el capitán Sulaymân el Búfalo hubo leído el mensaje, Fajr El-Dîn Yisr tomó la palabra:

- ¡Así que el *jawand* Baïbars dice eso; que todo esto es por nuestra culpa! –exclamó indignado.

- ¡Y qué más da! Él tiene todo el derecho de decir lo que quiera, a nuestro *jawand* le podemos permitir eso y más, visto que, como dice el refrán: “el que compra a un amigo al precio de mil afrentas, no lo ha pagado aún demasiado caro”. No, nada que decir a todo eso, pero este mensaje..., nosotros vamos a enviarle otro al mierda del Aïbak. ¡Ispera un poco y verás!

Entonces, mandó a un criado a que buscara al *cadi* Shukr; porque, en efecto, los fidauis tenían un *cadi* con ese nombre [azúcar], que les acompañaba en todas sus campañas. Cuando llegó, le hicieron sentarse en el sitio de honor.

- ¡Quirríamos que nos escribieras una cartita para El-Mu’izz Aïbak!

- Con mucho gusto –respondió el *cadi*, cogiendo papel y pluma.

- Al principio –replicó el capitán–, vas a iscribir:

“Del rey El-‘Adel Rukn El-Dîn¹ Baïbars, Que Dios li de la victoria y la gloria eternas, al guarda borregos miserable de Aïbak”.

Luego pondrás:

¹ Rukn El-Dîn: “Pilar de la religión” era el sobrenombre honorífico de Baïbars. En general, todos los emires llevaban un sobrenombre, que se antepone al suyo personal.

“¿Por quién ti has tomado tú, pobre misirable, para venir a invadir nuistro país y hacernos la guerra? ¿Acaso no fui yo el que t’hizo rey en Egipto? ¡Así que, si no quieres que ti lleguen disgracias, vas a coger a todo tu ijército de mierda y vas a volverte a casa! Y si no quieres, ahriemos la sangre de nuestros soldados, y enfrintémonos los dos solos en el campo del honor: Dios señalará al vencedor. Saludos.”

Una vez dictada esta extraña misiva, el capitán Sulaymân ordenó al cadí Shukr que plegara la carta, pero el capitán Fajr El-Dîn Yisr le interrumpió:

- ¡Eh, menos prisas, mi buien primo! Yo también, li voy a dictar unas palabritas. Ispera un poco... Viamos, iscribe esto:

“De El-‘Adel Baïbars al triple cornudo y cantamañanas del Aïbak. ¿A ver, espicie memo, cabiza e chorlito, qué aire ti ha entrao de venir a invadir mi país? Para mí no ires más que un zorullo de cabra y además, ¡tipos como tú yo apenas lo querria para guardar mis borregos!. Saludos.”

El cadí, imperturbable, escribió en la carta todo lo que le dictaron; pero entonces, todos los demás capitanes quisieron también añadir su granito de arena, tanto y tan prolijo, que pronto el pliego de papel quedó lleno por las dos caras. El capitán Sulaymân se la dio entonces a Fajr El-Dîn Yisr, diciéndole:

- ¡Eh, mi buien primo, vete a llivar esto al Aïbak, y trainos la rispuesta. Fâres Qâtaya se va a quedar con nosotros, ¡eso será lo mijor para todo el mundo!

Fajr El-Dîn se inclinó, y, cogiendo con él a diez hombres particularmente robustos y armados hasta los dientes, se fue hacia el campamento egipcio, en donde penetró gritando:

- ¡Mensajero y emisario! El emisario no es responsable más que de la clara transmisión del mensaje. ¡Saludos a los que siguen el recto camino, temen las consecuencias de sus actos y obedecen al Rey Todopoderoso, y maldiciones para los que prevarican y mienten!

Siempre gritando, se dirigió todo derecho hacia la tienda de Aïbak, al que entregó la carta, no sin haberle previamente amenazado con las peores represalias si se le ocurría romperla sin leer.

Entonces, Aïbak cogió la carta, rompió el sello... y a punto estuvo de caerse de culo cuando leyó toda aquella sarta de injurias y baladronadas. Estaba terriblemente furioso en su fuero interno, ¿pero qué podría hacer? Demasiado temía a los *fidauis* como para atreverse a mostrar su enfado. Así que se limitó a redactar una rispuesta, a sellarla y entregársela a Fajr El-Dîn, junto con la carta que había recibido. El capitán *fidauí* exigió, entre otras cosas, una bonita cantidad de dinero por el trabajo que se había tomado trayendo la misiva: Aïbak pagó sin rechistar.

Bastante satisfecho, el capitán Fajr El-Dîn regresó adonde los *fidauis* y les dio cuenta de su misión; entonces, entregaron ambas cartas al emir Fâres Qatâya, que se marchó para llevar la respuesta a Baïbars. La respuesta de Aïbak, tras el encabezamiento, solo constaba de dos frases:

“¡Todo lo que has escrito, aplicatelo a ti mismo! ¡Nosotros dos nos encontraremos en el campo de batalla, los dos solos, como tú propones, y así evitaremos que se derrame la sangre de nuestros soldados. Saludos!”

Esa insolente respuesta le extrañó mucho a Baïbars.

- ¿Has llevado tú mismo este mensaje a Aïbak, o ha sido otra persona? –preguntó Baïbars a Fâres Qatâya.

- No, por tu cabeza, no he sido yo, ha sido el capitán Fajr El-Dîn Yïsr, acompañado de diez *fidauis*. Y lo que es peor, ellos han cambiado el mensaje que tú me habías dado.

En fin, que terminó por contarle todo el asunto.

- Pero, dime, la carta que redactaron los *fidauis*, ¿qué decía? –repuso Baïbars.

- Por Dios, no tengo ni idea, pero la traigo aquí, conmigo, tómala –respondió Fâres, sacándola del bolsillo.

Baïbars la cogió, la abrió y allí leyó lo que ya sabemos. Pero como el mal ya estaba hecho, se abstuvo de cualquier reacción.

A la mañana siguiente, en cuanto amaneció, redoblaron los tambores, sonaron las trompetas, los soldados montaron en sus cabalgaduras y los dos ejércitos se alinearon para la batalla. Baïbars avanzó hasta la mitad del campo, dejándose ver bien, y comenzó a caracolear con su caballo, como señal de desafío a los héroes del campo enemigo. Entonces, salió Aïbak de entre las filas, seguido de sus escuderos, y cargó a toda velocidad, con un estrépito atronador; pero Baïbars le estaba esperando bien plantado, como la tierra sedienta espera las primicias de la tormenta. Y se enzarzaron en el cuerpo a cuerpo: unas veces quebrando, otras, volviendo a la carga, tanto a punta de lanza, como parando con el sable, golpeando con el estoque y enfilando; así se enfrentaron durante más de una hora. Luego, Baïbars comenzó a acorralar a su adversario cada vez más de cerca, pegándose a él e impidiéndole maniobrar. En un momento dado, se encontraron cara a cara; entonces, ¡Baïbars, agarrando a Aïbak por la gorguera, le sacó de los estribos y, levantándolo con un solo brazo, con la misma facilidad con la que el gavilán se apodera del gorrión, lo arrojó contra el suelo con tal violencia, que a punto estuvo de partirle el espinazo! No cabe duda de que habría podido matarle desde el principio del combate, pero Baïbars sabía que aún no había llegado ese momento.

En cuanto vieron a Aïbak por tierra, sus escuderos se precipitaron a socorrerle, le llevaron fuera del campo de batalla, y le transportaron hasta su tienda, más muerto que vivo. Mientras tanto, una calma total reinaba entre los dos ejércitos, y no se movía ni un solo soldado; porque, antes del combate, Aïbak, aconsejado firmemente por el visir

Shâhîn, había recomendado a sus tropas de que se abstuvieran de cualquier gesto agresivo, pasara lo que pasase. Por otra parte, los visires y los emires de Egipto no estaban con muchas ganas de enfrentarse a los *fidais*, ¡lo que habría acabado en una auténtica carnicería! Por su parte, Baïbars, una vez que volvió con su ejército, hizo echar pie a tierra a todo el mundo, y ordenó que se evitara cualquier provocación contra la gente de Aïbak.

En cuanto al visir Shâhîn, se presentó ante el rey, y le persuadió de que, ante tal estado de las cosas, no le quedaba otra que regresar a El Cairo. De modo que, a la mañana siguiente, Aïbak hizo que le acostaran en una litera y dio la señal de partida; los soldados desmontaron el campamento y tomaron el camino de vuelta a casa. Por su parte, El-‘Adel Baïbars reunió también a sus tropas y volvieron a Damasco, en donde volvió a sentarse en su trono, feliz de haber concluido este asunto sin derramamiento de sangre.

**** **

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.23 - “Muerte en el hamam”